

El faro

Eulalia vivía en el faro de una pequeña isla, entre el viento y las olas. Tenía casi diez años y el cabello tostado por el sol, las mejillas sonrosadas por la tramontana y los ojos azules de tanto mirar el mar.

Eulalia había crecido observando las olas, escenario de aventuras que le contaba su abuela y por donde, al caer la noche, veía volver la barca de pescar de su padre.

Cada tarde, cuando Eulalia regresaba del colegio, su abuela la esperaba en la mecedora junto a la ventana, con un bocadillo de sardinas en la mesa, las agujas de tejer entre las manos y una historia en la punta de la lengua.

Mientras Eulalia merendaba, su abuela le contaba historias sobre mares que ondeaban según el pensa-



miento de los navegantes y sobre marineros perdidos en océanos sin tierra. Algunas eran historias tristes y otras eran historias alegres, pero siempre eran historias saladas.

Solo cuando Eulalia le hacía la pregunta mágica, las palabras adquirían sabor de vainilla, azúcar y canela.

-Abuela, ¿cómo eran los pasteles de mi madre?

La abuela sonreía y entrecerraba los ojos, saboreando los recuerdos dulces de su hija: aquella torta con olas de chocolate que cocinó el día en que Eulalia comenzaba a gatear, aquella trenza de mares de fresa sobre la que la nieta sopló la vela de su primer cumpleaños...

Era a través de las palabras de su abuela como Eulalia había conocido a su madre, pues cuando murió era tan pequeña que ya no le quedaba ni un solo recuerdo.

Los días que se entristecía por haberla olvidado, Eulalia se imaginaba los dulces que le describía su abuela y le parecía que sentía a su madre un poco más cerca.

La abuela le decía que no era culpa suya que la hubiera olvidado: al ser tan pequeña no había podido amarrar bastante fuerte los recuerdos y el viento se los había llevado mar adentro.

El viento, le explicaba su abuela, sopla entre las casas y se lleva los ruidos de los recuerdos que la gente no



guarda lo bastante bien. Sin el ruido que los cubre, los recuerdos se olvidan. El viento se lleva la memoria mar adentro, hasta más allá del horizonte, justo en el punto donde sale el sol.

Allí había una isla que guardaba los ruidos de todos los recuerdos olvidados. Y era allí donde también permanecían los que Eulalia había perdido.

El padre de Eulalia era muy silencioso. Y las cosas importantes las expresaba sin palabras.

Salía a pescar muy temprano, cuando la hija todavía dormía. Al final de la tarde, la luz del faro le indicaba el camino de retorno.

El domingo era diferente. Eulalia subía a la barca con él y juntos navegaban mar adentro.

A su lado, Eulalia había aprendido a escuchar. Ahora ya distinguía el ruido de las olas, de los infinitos pliegues de agua que seguían a la barca. También conocía las voces del viento y sabía de qué mar soplaban.

El padre le había enseñado a sentir el zigzag de los peces al nadar, el movimiento sinuoso de las corrientes marinas, el abrir y cerrar de las almejas al respirar e, incluso, la danza de las algas en el fondo del mar.

Eulalia también sabía prever la tempestad que se acercaba, cuando el cielo todavía estaba muy azul. Su padre le había enseñado a manejar la barca con mala mar y siempre decía que era la mejor marinera que había visto en mucho tiempo.

Padre e hija navegaban hasta que llegaban al punto del medio del mar. Allí la barca se paraba y, en el silencio más profundo, los dos contemplaban las olas calmadas como papel de seda, el cielo sin una sola nube.

Cuando el padre no la veía, Eulalia espiaba la otra mitad del mar, que parecía igual de tranquila, pero que él le había descrito como plagada de peligros. Ningún marinero que hubiera entrado había sido capaz de regresar, y Eulalia tenía prohibido hasta acercar su remo.



El regalo

El primer día de primavera, Eulalia cumplió diez años. Como cada cumpleaños, la abuela cocinó un pastel salado y le regaló una bufanda de lana azul un palmo más larga que la del año anterior. Su padre le dio diez besos y le regaló una libreta con papel de agua turquesa en la cubierta.

Pero Eulalia esperaba otro regalo. El regalo que su madre, antes de morir, había pedido a la abuela que guardara para el décimo aniversario de su hija.

La abuela estaba revolviendo los cajones de la habitación cuando Eulalia metió su cabeza por la puerta. -No pongas esa cara, no he olvidado el regalo que falta -le dijo su abuela, guiñándole un ojo-. Mmm, aquí no está, lo debí de guardar en el armario de las sábanas.

Abuela y nieta fueron hasta el cuarto de la ropa limpia. Pero del armario solo salieron sábanas y fundas de almohadas. Las dos continuaron buscando por todo el faro. En el recibidor, en el comedor, en la cocina, en los dormitorios. Hasta en la torre del faro. Sin embargo, el regalo de la madre no aparecía por ningún sitio.

-¿No recuerdas dónde lo guardaste? -preguntó Eulalia con una voz tan débil que casi no se la escuchaba.

-¡Ay, la mar salada! No puedo haberlo olvidado -suspiró la abuela, preocupada. Y, mirando a su nieta, intentó sonreír-. Lo recordaré, pequeña marinera. Recordaré dónde lo guardé y tendrás el regalo de tu madre.

Pero a Eulalia cumplir diez años ya no le hacía ilusión.

Se enrolló con la bufanda, cogió su libreta nueva y subió a su habitación.

Se estiró en la cama, justo debajo de la ventana. El molinillo de viento enganchado en la barandilla giraba a gran velocidad. El cielo estaba lleno de estrellas.

Acarició con los dedos las ondas turquesas de la cubierta, cogió un lápiz e inició la primera página.

Encima del escritorio se acumulaban las libretas de tonos azules. Cada noche, antes de irse a dormir, Eulalia escribía lo que había vivido durante aquel día. No quería que el viento se llevase nunca más ninguno de sus recuerdos.

Pero Eulalia no apuntó lo que había pasado el día de su cumpleaños, sino que anotó, uno a uno, los olvidos de su abuela durante aquel invierno.

El sábado que la abuela volvió del mercado sin bolsas. La tarde que cocinó la cena dos veces. O la noche que, sin acordarse de que Eulalia tenía colegio al día siguiente, la despertó para ir a pescar calamares. Las dos habían estallado en risas en medio del silencio del faro, pero Eulalia había visto un mar de tristeza en los ojos de su abuela.

Eulalia dejó de escribir. Fuera, las olas parecía que se habían detenido. De repente, el molinillo comenzó a dar vueltas a gran velocidad, y un silbido de viento rodeó el faro antes de perderse mar adentro.

El viento se estaba llevando la memoria de la abuela.

Aquella primavera, el viento sopló un día sí y otro también, y ahora uno, luego otro, la abuela fue perdiendo los recuerdos. Eulalia los apuntaba en la libreta turque-

sa para que no se escaparan, pero muchos volaban mar adentro antes de que tuviera tiempo de escribirlos.

Junto con los recuerdos, la abuela comenzó también a olvidar las palabras. Cada vez le costaba más contar los cuentos. A mitad de la historia se quedaba callada y miraba el mar buscando la palabra que le faltaba, pero, entre tantas olas, pocas veces la encontraba.

La abuela parecía cada vez más preocupada y mantenía la vista fija en el mar. Intrigada, Eulalia se acercó a la ventana, pero la abuela cerró la cortina antes de que su nieta pudiera mirar afuera.

- -La mar salada, ¡pero qué tarde es! A dormir, pequeña marinera.
- -Sí, hija -afirmó su padre, desde la cocina-, que mañana tienes colegio. Ahora subiré a darte las buenas noches.

En su cuarto, Eulalia cogió los prismáticos que guardaba en la mesita de noche y miró por la ventana. El cielo estaba negro. En el mar, no lejos del faro, brillaba una llama. Eulalia la enfocó y descubrió un barco con un pequeño fuego encendido en medio de la proa.

La nave parecía el barco de piratas del cuento que le había contado su abuela. Unos piratas que no buscaban oro ni dinero, sino que, hambrientos de memoria, cruzaban mares y océanos para robar objetos llenos de recuerdos.

Un relámpago fracturó el cielo y Eulalia contó los segundos que tardaba en oírse el trueno.

-Siete segundos -dijo su padre, entrando en la habitación justo en el momento en que el trueno hacía temblar el vidrio de la ventana.

Eulalia dejó los prismáticos en la mesita de noche y se acurrucó bajo la manta.

-Papá, ¿los piratas existen?

El padre sonrió y le acarició un mechón del pelo.

-Solo en los cuentos, hija. Solo en los cuentos.



Marta Julià nació un día de primavera de 1984 en un pueblo del centro de Cataluña. Lo que más le gusta, desde siempre, es imaginar historias. De pequeña las vivía con los Playmobil y a los diez años descubrió que, si las escribía, también podía vivirlas. Por suerte, ya que, si no, todavía podría estar jugando a los clikcs. Estudió Periodismo en la UAB y más tarde voló hacia los Estados Unidos, donde, a parte de aprender Guión Cinematográfico, vendió muffins en bicicleta por las calles y cuidó de tres hermanos que parecían Wendy, John y Michael, del País de Nunca Jamás. Después volvió a Barcelona y estuvo un tiempo trabajando en la Acadèmia del Cinema Català, pero echaba de menos crear historias con letras, y volvió a ellas con el máster en Creación Literaria de la UPF. Poco después el tren la llevó hacia el País Vasco, donde vivió unos años y donde vio unos amaneceres impresionantes y las puestas de sol más maravillosas. Y donde perdió más paraguas, también. Allí empezó trabajando en una tetería y después continuó tomando té en una editorial. Un día de invierno que no llovía nació su hija Laia, y, unas semanas después, cogió de nuevo el tren y volvió a Cataluña. Ahora, Marta vive con su familia en un pueblo muy pequeño de Cataluña y todavía (y espera que siempre) imagina historias. Las lee, las edita y las escribe en mil libretas.